

La enseñanza de la historia en el Siglo XXI Desarrollo y evaluación de competencias históricas para una ciudadanía democrática

Pedro Miralles Martínez
Cosme J. Gómez Carrasco
Raimundo A. Rodríguez Pérez
(Eds.)

edit.um
EDICIONES DE LA UNIVERSIDAD DE MURCIA

UNIVERSIDAD DE
MURCIA



DiCSO
UNIVERSIDAD DE MURCIA
Didáctica de las Ciencias Sociales

red14



La enseñanza de la historia en el siglo XXI. Desarrollo y evaluación de competencias históricas para una ciudadanía democrática

edit.um



1º Edición, 2017

© Universidad de Murcia, Servicio de Publicaciones, 2017



ISBN: 978-84-697-3352-3

Diseño de portada: Ana Belén Mirete Ruiz

CAPÍTULO 12

DE LO PERCIBIDO Y LO INVISIBLE: EL PAISAJE URBANO COMO ELEMENTO PATRIMONIAL¹

Belén M.^a Castro Fernández, Ramón V. López Facal

(Departamento de Didácticas Aplicadas, Universidad de Santiago de Compostela)

Introducción

Como dice Antoine de Saint-Exupéry en *El principito* (1951) “lo esencial es invisible a los ojos”. Percibir lo que nos rodea es un proceso que gira en torno a tres aspectos: la imaginación, la sensación y el conocimiento. La variabilidad de cada uno origina una imagen poética diferente. El hombre no se limita a observar un entorno receptáculo, realiza un doble acto creativo. Puede adoptar la actitud de un lector, en cuyo encuentro y recorrido con el medio va leyendo su escritura (formas) y va percibiendo las características de su espacio. En ambos casos, el paisaje es captado por los sentidos. O puede convertirse en escritor que interioriza percepciones y sensaciones del entorno para ponerlas en conexión con sus sentimientos y recuerdos. En este rol, otorga significado a lugares y escribe el paisaje en su conciencia.

Para De Certeau (2008) esta práctica significativa que el individuo pone en marcha en sus acciones caminantes por la ciudad está determinada por tres elementos: lo creíble, lo memorable y lo primitivo. La voluntad de ver y reconocer la ciudad permite, según este autor, establecer la diferencia entre el caminante, cegado en su visibilidad por los trazos gruesos y finos del texto urbano, y el mirón, aquel que coge distancia y desde lo alto adquiere una mirada panorámica.

Se constituye así una suerte de paisaje personal cuyos elementos son en realidad las emociones tamizadas por el filtro de la razón y de la ciencia, y en el que reina una incontable memoria, invisible, desconocida para muchos pero imprescindible para su interpretación: “La percepción se modifica asimismo por causas

¹ Este trabajo forma parte de la investigación financiada por el Plan Nacional de I+D+i del MINECO (EDU2015-65621-C3-1-R) y cofinanciado con fondos FEDER de la UE.

subjetivas, ya sean emocionales o sensoriales: se paladea el aire salobre en las ciudades portuarias; se siente el silencio de los patios de manzana entre el rugido de las calles del ensanche barcelonés; las campanas, en función del viento dominante, se oyen desde uno u otro punto y permiten predecir el tiempo; se aspira el aroma de los zocos o la fragancia de la jacaranda y el azahar en Sevilla; se nota el tacto rugoso del granito o la suavidad de la piedra roja de la Alhambra. Cada uno ve la ciudad, la aprecia y la padece a su manera” (Estévez, 2007, pp. 268-269).

Esta consideración de paisaje queda expuesta a una necesaria revisión conceptual, si bien pretender ofrecer una definición concisa y universal es casi imposible, pues se trata de un término habitual en muchos ámbitos disciplinares y los matices entre ellos pueden llegar a resultar casi contradictorios. A la visión positivista de las ciencias naturales se opone la interpretación subjetiva de la creación artística, ocupando una posición intermedia las ciencias humanas y las sociales (Maderuelo, 2005).

El Convenio Europeo del Paisaje hecho en Florencia el 20 de octubre de 2000 define paisaje como “cualquier parte del territorio tal como la percibe la población, cuyo carácter sea el resultado de la acción y la interacción de factores naturales y/o humanos”. Según el diccionario de la Real Academia Española, se trata de la parte de un territorio que puede ser observada desde un lugar y el espacio natural admirable por su aspecto artístico, así como la representación gráfica de los anteriores.

Para el ámbito urbano, es preciso recordar la categoría de Paisaje Urbano-Histórico (PUH) que la UNESCO acuerda en su Recomendación relativa a la Salvaguardia de los conjuntos históricos y su función en la vida contemporánea de 1976, y que revisa en la Declaración de Hanói de 2009 del modo siguiente: “los paisajes urbanos históricos son una expresión de la diversidad cultural resultante de un proceso permanente y continuo de estratificación cultural que tiene forma tangible a la cual se añaden valores simbólicos e intangibles y se entienden por medio de los sentidos, el conocimiento local y la investigación de las interconexiones entre estos estratos” (punto 2.17).

Estas definiciones del paisaje tratan la consideración obvia de su forma aparente, que atiende a los sonidos, los colores, las formas, los colores... todo lo que constituye el fenosistema (del griego *phaino*: mostrar, aparecer) de un lugar, sustrato físico, y que es sensorialmente perceptible en modo deductivo y cuantitativo. Pero existe otro paisaje, el que no se ve, el criptosistema (del griego *krypto*: ocultar, esconder) que no se aprecia directamente y que, más allá de procesos químicos o físicos a los que este término hace referencia, nos sirve para referirnos a la memoria que contiene en su organización. Tal como recoge Italo Calvino en *Las ciudades invisibles* (2005):

las ciudades son un conjunto de muchas cosas: memorias, deseos, signos de un lenguaje; son lugares de trueque, como explican todos los libros de historia de la economía, pero estos trueques no lo son solo de mercancías, son también trueques de palabras, de deseos, de recuerdos.

En las ciencias sociales se trabaja con dos dimensiones complementarias: paisaje como percepción, un organismo vivo que nos persuade, y paisaje como palimpsesto, un mosaico de objetos de edades diferentes con funcionamiento unitario. La primera consideración nos remite al invento del microscopio que nos permitió ver lo infinitamente pequeño y al del telescopio lo infinitamente grande. En medio, se encuentra lo que Joël de Rosnay llamó el macroscopio, un instrumento “simbólico” que, de inventarlo, nos permitiría ver lo infinitamente complejo. Las infinitas interdependencias que no percibimos, conformando lo invisible, desconocido y complejo criptosistema. En nuestro caso, del paisaje cultural. La segunda consideración, alude a que el paisaje se reescribe de forma natural o por la acción humana en muchas etapas. Es una herencia de momentos pasados; un ser histórico que experimenta transformaciones y cambios en sus características. Poco a poco crece sobre sí mismo, adquiere conciencia y memoria. La metamorfosis a la que asiste a lo largo de los siglos permite entenderlo por lo que es y significa en el presente. El paisaje es, en sí mismo, una superposición de “paisajes” a modo de capas.

Para descubrir la memoria de un paisaje está comprobado que la aproximación emocional resulta eficaz, entrando en diálogo con su papel ecológico y su

componente artístico, cultural e identitario. La conciencia, no ya de lo que conocemos, sino también de lo que desconocemos, debe hacernos mirar y sentir el paisaje con asombro y respeto, impulsándonos a promover desde la educación una gestión que garantice su conservación (Piñeira y Romar, en prensa).

Como construcción social y como patrimonio, el paisaje es una realidad viva y cambiante, a la que se refieren y componen cada una de las piezas que se insertan en su trama: arquitectura, naturaleza, espacio y ser humano. Conocer y comprender el paisaje desde el enfoque de la educación patrimonial, desplegando procesos de apropiación simbólica e identificación de las personas, contribuye a la sensibilización necesaria que vele por su correcta interpretación y uso contemporáneo. Más aún en la ciudad. El paisaje urbano comporta un reto para la educación patrimonial, puesto que los usos de suelo, la coyuntura política, la estructura social y el desarrollo económico se manifiestan en el paisaje como parte integrante de la historia urbana.

El *flâneur* perdido en la globalización

Al hablar de ciudad contemporánea –este apartado recoge parte de un estudio propio (Castro, 2012)– reconocemos diferentes conceptos: ciudad como encuentro, como lugar de origen y destino, como refugio, como cúmulo de culturas, como factor de identidad... La ciudad es, en sí misma, una superposición de ciudades en las que cada una debe mantener un equilibrio con las otras. La primera es la ciudad doméstica, de lo cotidiano, construida por los pasos y reacciones del que la habita. La ciudad que se inserta en la estructura urbana y la desordena, que la convierte en vida, en ciudad real. A esta urbe se la acusa de fomentar desigualdades, disfunciones y despilfarros, términos que se tornan específicos de la actual evolución urbana. La segunda se corresponde con la ciudad oficial, referida a la ciudad administrativa, a la organización económica y del espacio, a la ciudad del poder, desde ella se manifiestan los sentimientos colectivos de identidad. La última agrupa visiones enfocadas desde el deseo, la imaginación, la historia, se trata de la ciudad conceptual.

En cada una de estas capas conviven tres clases de ciudadanos (Borja, 2003). Los que residen, los que trabajan o estudian en esa ciudad y la usan

cotidianamente, y los usuarios intermitentes o eventuales, que acuden para consumir y acceder a algunos servicios. Cada persona, a su vez, se proyecta y proyecta su ciudad de manera particular. Esta subjetividad, de la que los analistas no se pueden alejar, da lugar a infinidad de formas de observarla, de conocerla, de experimentarla.

Como telón de fondo, aparece constantemente el fenómeno de la globalización, que se asienta en las ciudades y conlleva cambios en su organización, morfología y funcionamiento. Sus actividades son rápidamente exportadas y sus signos de identidad reproducidos de la misma manera en todos los lugares del mundo, dando lugar a unos paisajes urbanos que poco se diferencian unos de otros. El mismo escenario parece reproducirse de un rincón a otro del planeta y las similitudes que presentan los paisajes urbanos y periurbanos de los Estados Unidos o de Europa del Oeste con los de las grandes megalópolis de África o de Asia parecen indicar que las disparidades sociales, políticas y económicas no lo explican todo.

Pero la globalización se extiende también a la forma de relacionarse los individuos entre sí, a cómo actúan, a cómo ocupan su ocio, incluso sus trabajos son iguales. Italo Calvino (2005) relata así cuando Marco Polo llega a Trude:

Era la primera vez que iba a Trude, pero ya conocía el hotel donde acerté a alojarme; ya había oído y dicho mis diálogos con compradores y vendedores de chatarra; otras jornadas iguales a aquellas habían terminado mirando a través de los vasos los mismos ombligos ondulantes (...) el mundo está cubierto por una única Trude que no empieza ni termina, solo cambia el nombre del aeropuerto.

Según el principio de la variación funcional, el paisaje urbano es objeto de cambio, no dura siempre. Sus mutaciones pueden ser estructurales o de uso. El envejecimiento de las formas es físico, cuando los materiales se desgastan, y social, cuando corresponden al desuso o desvalorización colectiva. Esto conduce a la alteración o sustitución de las estructuras para adecuarlas a las nuevas funciones. Además, al pasar por una gran avenida de día y de noche contemplamos diferentes paisajes gracias a su movimiento funcional. La calle, la

plaza, el paseo público funcionan de modo diferente según la franja horaria, el día de la semana y la época del año. Como apunta De Certeau (2008, p. 15), se crea la ciudad metafórica o en desplazamiento, como la soñaba Kandinsky: “una gran ciudad construida según todas las reglas de la arquitectura y de pronto sacudida por una fuerza que desafía los cálculos”.

Al amparo del fenómeno de la globalización, en los últimos tiempos muchas ciudades con diferencias sustanciales de historia, cultura, territorio y población acaban produciendo una transformación del paisaje global, más allá de parámetros estructurales o funcionales. Un tipo de paisaje estandarizado, fruto de una urbanización que se puede repetir con absoluta ubicuidad y con independencia del lugar. Más que urbanización, puede hablarse de urbanización (Muñoz, 2008).

A partir del siglo XIX el modo de vida urbano había supuesto un cambio radical que se impuso demasiado deprisa, creando desconcierto y caos. Vivir en la ciudad consistía en vivir muy cerca, en viviendas inmediatas donde hasta podía perderse el sentido de lo íntimo. Se impusieron reglamentos y prohibiciones: era el exordio de la normalización, al que aludía Walter Benjamin (1991). El hombre ganó anonimato y se convirtió en pieza o número de un conjunto. Acabó el modelo de familia extensiva para dar paso a la nuclear. Las intervenciones de urbanismo tenían un carácter segmentario y un acento utilitario a las relaciones entre personas. Haussmann en París creó las aceras para que el individuo pasease por ellas, aún inserto en la multitud. El hombre se volvió tan individual que, paradójicamente, resultó dependiente de personas, transportes, servicios, horarios.

Sociólogos contemporáneos han subrayado la riqueza de las relaciones que el hombre puede mantener en la ciudad, más intensas y variadas que las que se originan en el rural. Autores como Sorokin o Zimmerman afirman que la abundancia de las relaciones y contactos constituyen una característica diferencial de la vida social urbana con respecto al medio rural. Sobre el significado de “vivir juntos” en la ciudad contemporánea, hay pocas oportunidades de negociar y averiguar quién es quién. La gran ciudad aumenta la independencia del individuo que las habita. Más aún, cuando en el siglo XXI asistimos a un proceso que exige explorar, como señalan Gupta y Ferguson (2008), la

producción de la diferencia en una misma ciudad, de interrogar la “alteridad” de lo otro dentro de los espacios comunes.

Remontémonos de nuevo al París del siglo XIX. La cualidad esencial de la modernidad era el heroísmo que en ese momento se llevaba a cabo en las marañas de la gran capital francesa. Este tema cobró forma en los lienzos de los impresionistas, influenciados por autores como Baudelaire o Rimbaud y por las transformaciones urbanas de Hausmann. Lienzos como el *Bulevar de los Capuchinos* (1873) realizado por Monet o *Los grandes bulevares* (1875) de Renoir, se impregnaron de la bruma que envolvía a la ciudad para reflejar la muchedumbre aludida por A. Poe en *El hombre de la multitud* (1840), aquel que caminaba sin rumbo por los bulevares. Hubo un nuevo sentir y la metrópoli cambió de careta. Con la subida al poder de Napoleón III, París alcanzó el millón de habitantes y el centro de la ciudad antigua no pudo acoger esta gran cantidad de gente. Las calles no eran lo suficientemente anchas para el tráfico y las viejas casas no respondían a las exigencias higiénicas mínimas. Fue necesario transformar la edificación y la estructura de la ciudad, mientras que los intelectuales reaccionaron con miedo ante el nuevo ambiente urbano.

Nadie mejor que Baudelaire transmite la desazón entre la antigua París y la ciudad moderna de Haussman. La nueva actitud metropolitana era la de *flâneur* que proyectaba su mirada sobre la ciudad. Los paseos y avenidas estaban tomados por las muchedumbres. Emergía el contraste entre la soledad de los interiores (salones burgueses, buhardillas de artistas...) y el ajeteo de la multitud andante por el bulevar. El bullicio diluía lo individual. El observador, dice Baudelaire (2008, p. 87), “es un príncipe que disfruta de su anonimato en todas partes”. Ama la soledad, pero la quiere en multitud (Benjamin 1991). La difuminación de las huellas de cada uno en la multitud de la gran ciudad dio paso a la aparición del género de novelas detectivescas, como *El misterio de Marie Rogét* de Poe. Para este autor, el *flâneur* era aquel que no se sentía seguro en su sociedad y, por eso, buscaba la multitud. Baudelaire añade que la multitud no era únicamente un refugio para el *flâneur*, sino un abandonado en la multitud, un héroe. Cualquier particularidad del individuo quedaba anulada al salir a la calle. Europa quedó fascinada por este nuevo concepto de ambiente contradictorio y su difusión no se hizo esperar. El urbanismo moderno creó una ciudad nueva, pero

en lugar de resolver los viejos problemas abrió otros: la supremacía de lo global frente a lo local que caracteriza a la sociedad de masas.

La ciudad constituye la forma de vida de la sociedad contemporánea. En el proceso de desterritorialización progresiva inscrito en la tendencia a una fuerte globalización, la defensa de lo local como espacio de identificación adquiere un nuevo valor. La ciudad es uno de los problemas centrales en el que convergen políticas urbanísticas, comportamientos y actitudes, intereses políticos, necesidades económicas... Surge, como apunta Koolhaas (2007), la *ciudad genérica*, la tensión global/local, con una importante desidentificación social. Al mismo tiempo, y paradójicamente, la ciudad se ha convertido en el espacio por excelencia de representación y expresión de esas nuevas tensiones sociales, culturales y políticas, de encuentros y desencuentros, de diferenciación simbólica y de homogeneización funcional. La ciudad encierra la historia, tradición y cultura del individuo como asociación. Es la creación más compleja y adaptable del ser humano, configura un espacio que da fruto a la distribución de conocimientos, informaciones, convivencias, respetos, etc.

Cada cierto tiempo, de la mano de un gran cambio cultural o histórico, se pronostica la muerte de las ciudades. Tendríamos que escuchar a los individuos de la Edad Media relatarnos cómo vivieron el nacimiento de la burguesía, o a los del Barroco cómo apreciaron la Revolución Industrial y el desarrollo del capitalismo. Está claro que no existe una certeza absoluta y que todo argumento da pie a la duda, sin embargo, en nuestras manos está decidir hacia dónde queremos que tiendan nuestras ciudades y cómo se aborda la ciudad en términos de identificación ciudadana.

La globalización trae consigo el gran cambio histórico y por tanto urbano, que se traduce en la pérdida de la especificidad del lugar y en un consumo que puede resultar insostenible. Utilizando el concepto de global para designar el proceso por el que los aspectos físicos y sociales de la ciudad se expanden por todos los rincones del planeta, podría decirse que la ciudad ya no existe como espacio físico concreto. Se produce la mutación de espacios de menor escala –barrios, plazas, calles...–, que pierden su carácter relacional y surgen nuevos espacios abstractos –ciberespacio– y artificiales –centros comerciales, cines, ciber-cafés...– de relación y consumo. Si Walter Benjamin en 1928 establecía una relación

contradictoria entre el hombre y la ciudad, ¿cómo no hacerlo ahora, en un momento en el que la ciudad se hace inabarcable, física y conceptualmente, para sus habitantes?.

Los individuos están tan atrapados en su mundo tecnológico y consumista, que abarcan por comportarse como autómatas, como predecía Huxley (1999), como marionetas, a merced de la variada oferta del mercado. Deseamos lo que se nos ofrece, sin buscar más allá, y actuamos en función de ello. Simmel (2005) sostiene que la cantidad de estímulos contradictorios que se producen en la ciudad puede llevar a la alienación, sin embargo, es el propio individuo el que libremente escoge pasar su día frente a un ordenador o subiendo y bajando escaleras mecánicas en un centro comercial, en lugar de utilizar la multitud de oportunidades que se ofrecen para crecer personalmente. El individuo que se introduce en el ciberespacio, aunque está comunicándose con muchos otros, no deja de sentirse solo, necesita la proximidad física de los demás. El ciberespacio no deja de ser un compartimento más de la ciudad, que no tiene razón de ser por sí solo, al igual que no tiene razón de ser el espacio público sin el espacio privado.

La ciudad es lugar de oportunidades, pero con riesgos evidentes. En un mundo global, la privación relativa se hace inevitable, en todo momento sabemos o podemos saber cómo es nuestra vida en comparación con la del otro, pudiendo surgir la insatisfacción y la infelicidad. La ciudad se muestra como un espejo en el que se refleja cómo somos, qué poseemos y de qué carecemos, en nuestras manos está aceptarnos. Nos encontramos ante una ciudad con infinitud de identidades, que en muchas ocasiones son origen de desigualdades y segregación. Quizás el problema resida en que se tiene un concepto de identidad social demasiado anclado a la historia.

Las culturas no son estáticas, inmutables, sino que se enriquecen continuamente del contacto con otras. Cuando se habla de *ciudad genérica* como lugar neutro debería plantearse la posibilidad de generar un nuevo carácter -flexible, que evoluciona con el tiempo y con carácter propio- en el que tuvieran cabida todas las identidades. No dejarnos arrastrar hacia lo que podríamos llamar *ciudad temática*, ciudad artificial creada por un conjunto de signos y símbolos sin sentido identitario.

La ciudad nunca dejará de proporcionar experiencias, de enriquecer al individuo con sus posibilidades, de generar arte, cultura y ciencia, es la gente, con su poder –que parece ignorar– la que ha de aprovechar estas oportunidades. Resulta interesante la figura que propone Baudelaire –un individuo que atraído por el bien y por el mal pasea por la ciudad descubriendo el ideal soñado– ya que es preciso superar las visiones que se centran en la negatividad de la ciudad –como consumo, espectáculo, homogeneización–, o aquellas que simplemente se posicionan ante el proceso de la modernidad como fenómeno que arrasa con el pasado. La ciudad no es el problema, es la solución.

De escenario a objeto de conocimiento

El paisaje puede ser interpretado como un producto social, como la consecuencia de una transformación colectiva de la naturaleza y la proyección cultural de una sociedad en un espacio concreto. Esta apreciación permite entenderlo como una convención que varía de una cultura a otra, obligándonos a realizar el esfuerzo de imaginar cómo es percibido el mundo en otras culturas, en otras épocas y en otros medios sociales diferentes al nuestro (Maderuelo, 2005). A lo largo del tiempo el ser humano ha convertido los paisajes naturales en paisajes culturales, tanto por su acción humana como por los valores y sentimientos plasmados sobre ellos. Estos lugares adquieren significados y se transmutan en símbolos que expresan sentimientos, ideas y emociones. El paisaje no sólo nos muestra cómo es el mundo, sino una forma de verlo (Nogué, 2007).

La idea de paisaje, por tanto, no reside tanto en el objeto que se contempla como en la mirada de quien contempla. “No es lo que está delante, sino *lo que se ve*” (Maderuelo, 2005, p. 38). Pero esa mirada necesita de un adiestramiento para contemplar, aprender a mirar para distinguir diferencias y reconocer los valores asociados al paisaje. Lo que se ve atañe directamente a la esfera individual: “Cada forma de ver la tierra, cada manera de describirla o representarla supone que tras ella hay un tipo diferente de pensamiento, se establece así una relación entre objeto y sujeto a través de la mirada que se torna intencionada e instrumental y que pone en evidencia un paralelismo sinestésico entre ojo y pensamiento. Vemos solamente aquello que somos capaces de reconocer, y

pensamos según aprendemos a ver la diversidad fenoménica del mundo” (Maderuelo, 2005, pp. 36-37).

Que la mayoría de las personas entiendan el paisaje de este modo es complicado. No por difícil, sino porque existe la tendencia general a asumir la imagen manufacturada del paisaje, sin reflexionar sobre su significado y evolución o sin pensar en la huella que el poder ha dejado en su conformación. La mirada acrítica hacia el entorno, la que no cuestiona nada, es peligrosa porque genera procesos de desidentificación, muy habituales en nuestra época de la globalización. Es entonces, cuando la mirada discrimina lo que quiere y no quiere ver. Somete a su deseo la interpretación de su ambiente. Si lo hace un ser humano es problema suyo, pero si los poderes ejercen su control y nos manipulan con paisajes instrumentados y con interpretaciones banales de sus elementos, se pierden muchas claves para entender el presente e intentar mejorarlo.

Hay muchos paisajes que pasan desapercibidos o no son considerados. Las propias ciudades contienen espacios que esquivamos, como los llamados paisajes del miedo (Lindón, 2007). Sin contar los que resultan de los nuevos procesos de urbanización, complejos y de difícil legibilidad. O aquellos que pueden parecer incómodos y que encarnan por su memoria conflictos sociales y políticos.

Sobre la base de esto, la descodificación de un paisaje urbano requiere un ajuste contextual, un conocimiento histórico que depende del intérprete y su soporte cultural. Si un espectador del paisaje no está familiarizado con los cambios que éste ha podido atravesar, si no tiene claves e información para reflexionar críticamente sobre lo construido y la ocupación del territorio, este espectador ingenuo no logrará completar los niveles de análisis y percepción del paisaje, y no captará su significado. Menos aún, lo asumirá como su patrimonio. Y tampoco aprenderá a controlar los efectos que nuestras acciones pueden acarrear en un futuro.

De una forma más profunda, interpretar el paisaje urbano requiere de la voluntad y el conocimiento de quien lo mira. Cuando se estudia el paisaje se produce una apropiación y un volcado tanto de intereses personales como de recursos colectivos en la reconstrucción de su mensaje, que no tiene por qué coincidir con

el que el paisaje adquirió en otras etapas históricas. Por ello resulta necesario que al tratar contenidos relacionados con el territorio se desplieguen competencias de ciudadanía crítica y de responsabilidad compartida en la interacción con el mundo físico.

El punto de partida para adquirir conocimiento a través del paisaje está en su consideración como una ilusión fundamentada en su capacidad representativa, y por ello es necesario prestar una atención especial a la dimensión emotivo-emocional, aprender a sentir, despertar y promover las emociones. Esta apreciación no invalida la dimensión cognitiva-ético-estética de educar sobre el paisaje. En este sentido, podemos hacer una trasposición de la propuesta teórica formulada por W. J. T. Mitchell, en su actualización del método de Erwin Panofsky para el estudio del arte, según la cual la iconología se debe extender más allá del objeto, renunciando a pretensiones de objetivación científica, ubicándose en la construcción del sujeto y asumiendo críticamente la intervención de los discursos ideológicos. El resultado debe ser la coproducción de contenido entre las personas y el paisaje percibido y comprendido.

En este contexto de subjetivización y conocimiento, tienen cabida la interdisciplinariedad, para desarrollar proyectos integrados sobre el paisaje, y la semiótica, tanto la defendida por Umberto Eco como la postestructuralista, para considerar al paisaje como la representación significativa de otras cosas, muchas no visibles. Ambas perspectivas resultan interesantes para entender que el paisaje es mucho más que un escenario, “es un repositorio de significados que nos permiten respuestas afectivas e imaginativas para identificarnos con el colectivo que nos rodea” (Folch-Serra, 2007, p. 140). El paisaje no sólo refleja la cultura, sino que es parte de su constitución. Es, por tanto, un producto social (Nogué, 2007).

El espacio natural necesita del observador para convertirse en paisaje, mediante un proceso de mediación que incorpora elementos sociales en la percepción del espacio, en los afectos y en su uso (Durán, 2007). A la presencia física (territorio geográfico y político) el observador incorpora el tiempo (memoria histórica y social) (Folch-Serra, 2007). Las referencias espacio-temporales son básicas para la conformación de nuestro imaginario personal y colectivo. En este sentido, conviene reforzar el desarrollo de las competencias básicas que proporcionen

capacidad de análisis y comprensión de estas variables, en tanto determinan nuestra relación como seres humanos con el medio y condicionan nuestras percepciones y relaciones sociales (Rosales et al., 2015).

Una cuestión fundamental en este contexto es la multiescalaridad; la posibilidad de establecer aproximaciones múltiples a un mismo paisaje, a modo de zoom, desde el macro a lo micro. Esto explica que su apreciación esté referida a una distancia o escala variable, procurando que sea intermedia entre la visión muy próxima y la muy alejada (Zoido et al., 2013).

Cualquier paisaje cuenta con una estructura, forma y función. Los elementos, que pueden aparecer ordenados jerárquicamente o no en ese sistema, invitan a reconocer su evolución e historia como resultado de un proceso y como documento de tal transcurso. Esto le otorga como conjunto la condición de patrimonio y evidencia la necesidad de conocer su significado histórico para su entendimiento: “Es en la perspectiva histórica en la que adquiere sentido el proceso de cambio del paisaje. El tiempo sobrevive en el paisaje” (Martínez, 2007, p. 331).

No resulta casual que los conocimientos que se deberían perseguir con el estudio del paisaje a través de las ciencias sociales han de ser instrumentales en lugar de técnicos; esto es, identificar y reconocer elementos básicos, comprender su transformación histórica, establecer diferencias y similitudes con otras culturas y, sobre todo, comprender los valores de herencia recibida y de la importancia de conservarla y transmitirla a las generaciones futuras (Rosales et al., 2015).

Buena prueba de ello es *Proxectoterra* (<http://proxectoterra.coag.es>), un programa de cooperación entre el Colegio Oficial de Arquitectos de Galicia y las distintas etapas de la educación obligatoria, cofinanciado por la Xunta de Galicia, que arranca en el año 2000 con el propósito de contribuir a mejorar el conocimiento de los escolares gallegos sobre su identidad territorial y los espacios habitados. Son muchos los materiales didácticos y actividades diseñadas bajo esta línea de trabajo; uno de los más recientes es *PAGUS. Galicia, un país de paisajes* (2015).

Paisaje urbano y educación patrimonial

En la línea discursiva de humanizar el concepto de patrimonio sostenida por autores como Olaia Fontal, éste se sostiene sobre los vínculos que las personas establecen con las cosas o los lugares. Dado que el paisaje más que una realidad física es experiencia, la vivencia de una relación entre el mundo y nosotros (Bru, 2007), se entiende con claridad que el paisaje como espacio de aprendizaje tenga un lugar destacado en la educación patrimonial.

El paisaje posee tantos significados como se quieran descubrir. La memoria ayuda a realizar procesos de identificación con elementos no solo materiales sino ocultos u ocultados, dignos de convertirse en bienes patrimoniales, que ayuden a la caracterización de contextos culturales. Para que esto suceda, se ha de producir una resignificación del paisaje, que pasa por entender su evolución e historia. Al obtener claves que permitan interpretarlo se puede convertir en un referente identitario propio con valores específicos del presente. Este proceso de apropiación simbólica, de patrimonialización, conlleva conocer, comprender, respetar, valorar, cuidar, disfrutar y transmitir el paisaje como elemento cultural (Domínguez y López, 2014 y 2015). Cuando se adquiere conciencia común, se reclama la protección de lugares y perspectivas privilegiadas.

Un punto de partida de esta valoración educativa del paisaje es entender que el dato debe fundamentar toda investigación, pero no ser su fin último. Las evidencias históricas o formales han de ser un punto de partida de la indagación, la base para la construcción de la interpretación histórica, ambiental, ecológica, geográfica o artística, pero siempre una fuente para un trabajo fundamentalmente analítico e interpretativo. En el que la valoración estética como aprehensión sensorial y la implicación emocional son primordiales.

Parece poco útil pretender la comprensión de la dimensión espacio-temporal del medio sin una inmersión amplia en sus contextos originales, de manera que se intente guiar la conceptualización de su tipología o el significado iconográfico de un lugar por el entendimiento que sus coetáneos hacen de él. Esto da pie a un enfoque de la educación patrimonial renovado, en el que no sólo se busca reintegrar el significado de los elementos construidos o naturales en su contexto original, sino que se intenta utilizar a éste como medio de control de los

resultados. Una muestra de ello puede ser trabajar sobre las condiciones sociales, culturales, ideológicas y tecnológicas que subyacen en un paisaje, y que pueden encontrarse desarrolladas teóricamente o no estar lo suficientemente recogidas, exigiendo su descubrimiento mediante la investigación.

En este contexto, un recurso destacado para la valoración cultural y patrimonialización del paisaje es la toponimia. En el medio rural todavía se conserva una importante vinculación entre el nombre de los lugares y la naturaleza. De las 29.703 entidades singulares de Galicia, un 6,5% (1912 topónimos) tienen una referencia directa con términos referidos al arbolado. Este dato está tomado de la exposición *Da árbore a cadeira*, celebrada durante 2017 en la Cidade da Cultura de Santiago de Compostela. Los cambios demográficos y la progresiva desaparición de los modos de vida tradicionales amenazan seriamente la conservación de la microtoponimia, tanto en el medio rural como sobre todo en el urbano. Muchos topónimos menores sólo perduran en el habla y la memoria de las personas. La multiplicidad de posibles acercamientos de estudio al paisaje urbano encuentra en esta vía una herramienta efectiva para recuperar y conservar este patrimonio inmaterial.

Al hablar de lo invisible en el paisaje también tienen cabida en la práctica educativa las últimas tendencias del arte contemporáneo, que desde mayo del 68 ocupan el espacio público –impulsadas por el paseo situacionista, la deriva y la psicogeografía–, cuyo contenido a veces equívoco y transgresor es acorde con los deseos de experimentación innatos del ser humano.

Las intervenciones al aire libre en medio de una plaza contribuyen a generar nuevos espacios de ciudadanía. El arte que se instala en espacios y parques urbanos no acostumbra a ser baladí. Pensemos en la celeberrima obra de Richard Serra, las instalaciones de Antoni Muntada, el Memorial del Holocausto de Peter Eisenman en Berlín o incluso el Centro Gallego de Arte Contemporáneo proyectado por Álvaro Siza en Santiago de Compostela y que introduce una ruptura en el ambiente monumental. Esculturas, arquitecturas, intervenciones, performances, acciones artísticas o murales contienen un significado que reclama la atención del viandante, reivindicando las poéticas de la calle, la comunidad y lo cotidiano. El arte en la calle nos permite refugiarnos, como el *flâneur* sin rumbo, en nuestra identidad.

Desde la educación patrimonial también se viene trabajando el paisaje urbano con este enfoque (Calaf, 2003; Fontal, 2003; Fontal y Calaf, 2011). Lo interesante es comprobar cómo a través del arte más próximo a nosotros se puede aprender a resolver conflictos entre la esfera personal y la identidad, los estereotipos y la colectividad. Indagar en el significado oculto que hay detrás de obras que provocan el recuerdo y las emociones, que plantean el debate sobre el vínculo con el territorio y la historia, o incluso que abordan la propia preservación medioambiental del medio físico.

Asimismo, si en el proceso educativo nos centramos en la imagen del paisaje se puede recordar autores como Kevin Lynch (1960), que explicaba la organización mental de la ciudad a partir de tres elementos: identidad, estructura y significado. Las imágenes mentales son, según este autor, representaciones que emplean informaciones conceptuales y la experiencia perceptiva directa; con una función referencial, que ayuda a reconstruir las percepciones, y con otra elaborativa, para organizar relaciones nuevas o experiencias anteriores (Lois, González y Escudero, 2012).

Cada persona posee una imagen particular de la ciudad. Es probable encontrar similitudes entre individuos que tengan edad semejante, pertenezcan a un grupo profesional o vivan en un mismo barrio. Para constatar que existen múltiples ciudades subjetivas se recurre a la elaboración de mapas mentales. En ellos se comprueba un acto de categorización, seleccionar, situar y ordenar la experiencia del entorno. Según Lynch la lectura que las personas realizan de la ciudad se basa en cinco elementos: sendas, bordes, distritos, nodos e hitos. Todos ellos proporcionan seguridad emocional a los habitantes y combinados entre sí forman la imagen mental de la ciudad (Lois, González y Escudero, 2012).

Esta experiencia iconográfica se realizó con un grupo de veintitrés estudiantes de tercer curso de Ciencias Sociales en la Universidad de Santiago de Compostela. Lo interesante de las representaciones resultantes es detectar que en ciudades como Compostela el centro histórico, que contiene un número de edificios y monumentos emblemáticos (hitos), no es tan referencial o mítico para los estudiantes que no son de la ciudad, prefiriendo registrar otros elementos simbólicamente más sentimentales y cotidianos para ellos (Figuras 1 y 2). Determinadas áreas como la facultad y los bares son valoradas al asociarse una

carga simbólica desarrollada en su contexto cultural determinado. La catedral aparece en los esquemas pero más como una referencia para la navegación en la ciudad que como clave de identidad.

Los mapas mentales ponen de manifiesto que la dimensión perceptiva del paisaje está cargada de un fuerte componente subjetivo que puede desarrollar procesos de topofilia o topofobia, con consecuencias sobre la conducta y la toma de decisiones de las personas. Por eso, es necesario que la educación patrimonial intervenga en la conservación del paisaje, haciendo partícipe a la ciudadanía de su correcta interpretación y recuperación de valores. El patrimonio y el paisaje son variables, están sometidos a la acción humana, en nuestro caso educativa.

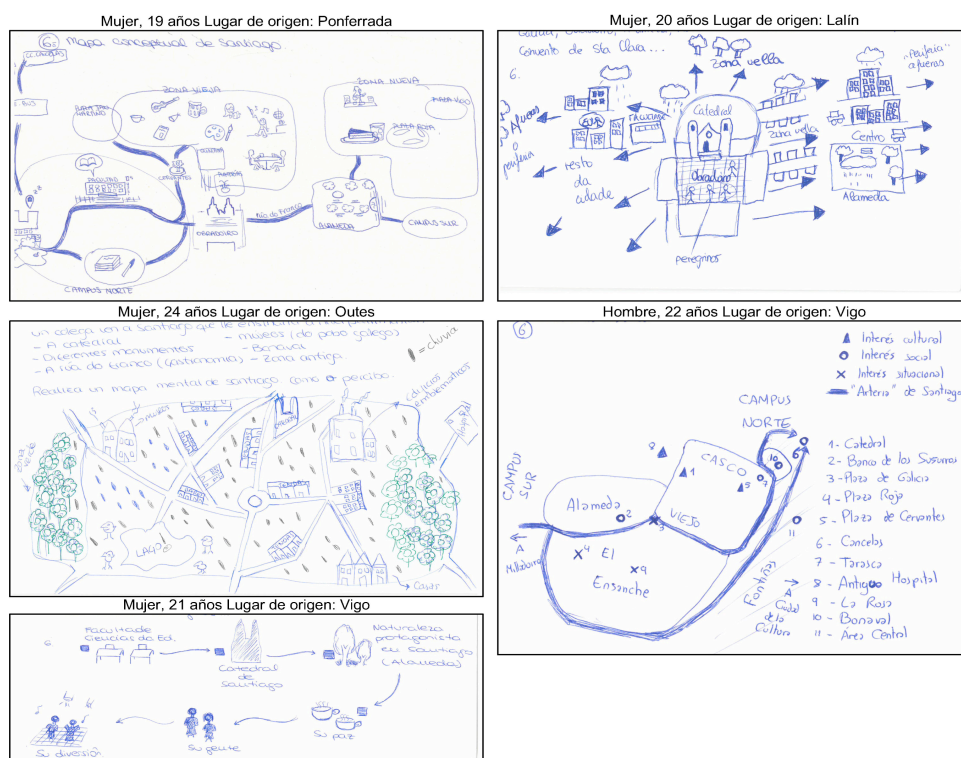


Figura 1. Mapas mentales de Santiago de Compostela realizados por estudiantes del Grado en Maestro/a de Educación Primaria, 2016/2017, USC

Reflexionar sobre cómo el paisaje es más que un escenario que se mercantiliza desde el poder, como marca promocional de una ciudad. A través del cine, la literatura, la fotografía, las fuentes orales... desplegar estrategias de conocimiento instrumentales que faciliten la indagación, sacando a la luz historias, personajes o hechos que se habían ido diluyendo en el tiempo y cuya recuperación permite

nuevas lecturas del entorno. Introducir en el aula y fuera de ella el interés por descubrir lo que hay de invisible a nuestro alrededor, para que la ciudadanía desde el presente valore críticamente su paisaje (Calaf, 2007).

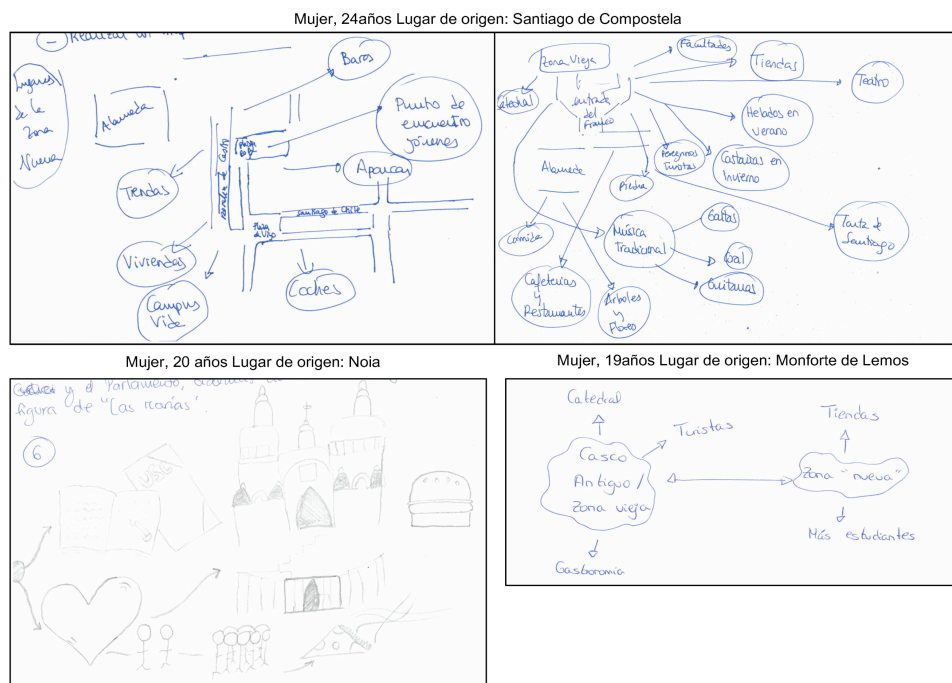


Figura 2. Mapas mentales de Santiago de Compostela realizados por estudiantes del Grado en Maestro/a de Educación Primaria, 2016/2017, USC

Apuntes finales

Se dice ocurrentemente que el paisaje es cosa de tres. El “ello”, lugar que nos viene dado y que muda con el tiempo y el ser humano. El “nosotros”, cuya acción antrópica transforma ese escenario y no siempre con buen criterio. Y por último el “yo”, la emoción y experiencia sensorial de cada persona (Estévez, 2007).

El paisaje es simultáneamente una realidad objetiva y subjetiva. Un elemento patrimonial que se alimenta de la memoria. Se puede percibir, sentir, conocer y valorar de muchos modos y bajo distintos enfoques disciplinares. Sus elementos, aunque distintos, tienden a mimetizarse en el tiempo, pudiendo ocasionar un conflicto en la mente del observador, porque en la ciudad el paisaje se modifica todos los días y porque es "como un trampantojo donde casi nada es lo que parece" (Estévez, 2007, p. 269). El proceso educativo ayuda a conocer para comprender, a descubrir lo que no se ve, por eso transita desde la ausencia de

propiedad hasta la apropiación de valores y participa de los procesos de identificación colectiva e individual.

Igual que las *preinvestigaciones* que Kosuth realiza hacia 1965 sobre objetos cotidianos, situando en un plano sin jerarquías las tres versiones de una silla (objeto real, fotografía y texto con su definición), el paisaje nos muestra un collage de piezas que el espectador debe analizar y relacionar. Esto nos conduce a la crisis de la representación contemporánea de la mano de René Magritte, uno de los primeros artistas en enfrentarnos a estos juegos entre visualidad y textualidad en obras como *Esto no es una pipa* (1928-1929).

Desde la antigüedad el ser humano ha escrito los recuerdos e impresiones de sus viajes, con un matiz literario pero también muchas veces con pretensiones científicas e históricas al tratar de reflejar, como memoria personal o colectiva, lo visto y lo vivido por él en el transcurso de su periplo. La finalidad era transmitirlo a los demás en calidad de documento hacia el futuro. También la pintura, el grabado o la fotografía han cultivado la captación del paisaje en diferentes géneros y con diversas funciones. Pero siempre mirando y compartiendo el deseo de mirar.

Esta conciencia contemplativa de entender nuestro momento mirando el mundo, se ve resquebrajada desde hace unas décadas ante la hiperestimulación virtual. El nuevo caminante que recorre las ciudades no se siente solo ante la muchedumbre, sino que busca aislarse deliberadamente con sus cascos de música y su mirada perdida en las pantallas digitales. No le interesa mirar. No siente interés por conocer y experimentar lo que pasa a su alrededor.

Enseñar a ver más allá de lo que se ve es complicado. Ya lo decía Le Corbusier, abrir los ojos que no ven, en su caso referido a los arquitectos que no reparaban en la belleza moderna. No se trata de mirar sin más. La presencia del espectador en el paisaje urbano es fundamental en los nuevos planteamientos de la educación patrimonial. Si el espectador no se aproxima a él, queda prácticamente desactivado.

Este planteamiento exige un nuevo espectador que tiene que ampliar el significado del verbo mirar a imaginar, recorrer, intervenir, leer... Lo que vemos ya no es sólo lo que vemos. El ojo ya no es simplemente un ojo y el cuerpo no está

implicado desde un mero concepto fenomenológico. El ojo tiene sexo, pulsiones, deseos y memoria, porque sabemos que miramos desde un contexto.

La educación ayuda a entender que el paisaje es patrimonio y, como tal, depositario del pasado, donde reside muchas de las claves para conocer quienes somos. ¿Hasta dónde podemos llegar a admitir que interpretar el paisaje es importante para formar nuestra identidad, comprender el presente, incluso querer mejorarlo? Juan de Salisbury nos da la respuesta en el siglo XII:

Bernardo de Chartres solía compararnos con enanos encaramados sobre los hombros de gigantes. Señalaba que vemos más y más lejos que nuestros predecesores, no porque tengamos la vista más aguda o seamos más altos, sino porque nos levanta y mantiene en alto su gigantesca estatura.

Referencias

- Baudelaire, Ch. (2008). *El pintor de la vida moderna (1863)*. Madrid: Langre.
- Benjamin, W. (1991). El flâneur. En W. Benjamin, *Poesía y capitalismo. Iluminaciones II* (pp. 49-83). Madrid: Taurus.
- Borja, J. (2003). *La ciudad conquistada*. Madrid: Alianza Editorial.
- Bru, J. (2007). Cuerpo y palabra o los paisajes de la cautividad. En J. Nogué (Ed.), *La construcción social del paisaje* (pp. 63-82). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Calaf Masachs, R. (2003). Aprender arte en la ciudad: sensibilizar hacia el respeto y la valoración del patrimonio urbano. En R. Calaf Masachs (Coord.), *Arte para todos* (pp. 103-136). Gijón. Trea.
- Calaf Masachs, R. (2007). Cuando no es posible ir al museo. La memoria del paisaje como ejercicio de patrimonialización. En R. Calaf Masachs, O. Fontal y R. Valle (Coords.), *Museos de arte y educación: construir patrimonios desde la diversidad*. Gijón: Trea.
- Calvino, I. (2005). *Las ciudades invisibles*. Madrid: Siruela.
- Castro Fernández, B. (2012). Permanencia y vivencia de la ciudad: bases para el desarrollo de la globalización. En R. Lois et al. (Eds.), *Planificación y*

- estrategias territoriales en la sociedad actual* (pp. 225-248). Santiago de Compostela: Agali Asociación.
- De Certeau, M. (2008). Andar en la ciudad. *Bifurcaciones. Revista de estudios culturales urbanos*, 7 (Versión electrónica).
- Domínguez Almansa, A. y López Facal, R. (2014). Patrimonio, paisaje y educación: formación inicial del profesorado y educación cívica del alumnado de primaria. *Clío. History and History Teaching*, 40.
- Domínguez Almansa, A. y López Facal, R. (2015). Patrimonio, entorno y procesos de identificación en la educación primaria. *Clío. History and History Teaching*, 41.
- Durán, M. A. (2007). Paisajes del cuerpo. En J. Nogué (Ed.), *La construcción social del paisaje* (pp. 27-61). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Estévez Fernández, X. (2007). Paisajes urbanos con-texto y sin-texto. En J. Nogué (Ed.), *La construcción social del paisaje* (pp. 263-292). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Folch-Serra, M. (2007). El paisaje como metáfora visual: cultura e identidad en la nación posmoderna. En J. Nogué (Ed.), *La construcción social del paisaje* (pp. 137-159). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Fontal Merillas, O. (2003). La enseñanza de las últimas tendencias del arte. Nuevas formas de ordenación al hilo de la postmodernidad. *Íber. Didáctica de las Ciencias Sociales, Geografía e Historia*, 37 (Versión electrónica).
- Fontal Merillas, O. y Calaf Masachs, R. (2011). El conflicto en la creación artística: superar la marginalidad de la historia del arte. *Íber. Didáctica de las Ciencias Sociales, Geografía e Historia*, 69, 45-54.
- Gupta, A y Ferguson, J. (2008). Más allá de la cultura: espacio, identidad y las políticas de la diferencia. *Antípoda*, 7, 233-256.
- Huxley, A. (1999). *Un mundo feliz*. Madrid: Unidad Editorial.
- Koolhaas, R. (2007). *La ciudad genérica*. Barcelona: Gustavo Gili (1.ª ed. 1997).

- Lindón, A. (2007). La construcción social de los paisajes invisibles del miedo. En J. Nogué (Ed.), *La construcción social del paisaje* (pp. 217-240). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Lynch, K. (1960). *La imagen de la ciudad*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Lois González, R., González Pérez, J., Escudero Gómez, L. (2012). *Los espacios urbanos. El estudio geográfico de la ciudad y la urbanización*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Maderuelo, J. (2005). *El paisaje. Génesis de un concepto*. Madrid: Abada Editores.
- Martínez de Pisón, E. (2007). Paisaje, cultura y territorio. En J. Nogué (Ed.), *La construcción social del paisaje* (pp. 327-337). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Muñoz, F. (2008). *Urbanización. Paisajes comunes, lugares globales*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Nogué, J. (2007). El paisaje como constructo social. En J. Nogué (Ed.), *La construcción social del paisaje* (pp. 11-24). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Piñeira Mantiñán, M. J. y Romar Roel, R. (en prensa). Itinerario emocional da paisaxe no ensino secundario obrigatorio o exemplo nunha vila mariñeira de Galicia. En *Ensinar na sociedade da información, V Xornadas AGALI. Santiago de Compostela-Lugo, 2015*.
- Rosales Noves, X., Díaz Otero, A., González Fernández, J. L. y López Facal, R. (2015). O Proxecto terra. Coñecer a aprender a transformar: as cidades e o territorio galego como recursos educativos. En R. Lois y D. Pino (Coords.), *A Galicia urbana* (pp. 227-250). Vigo: Edicións Xerais de Galicia.
- Simmel, G. (2005). La metrópolis y la vida mental. *Bifurcaciones*, 4 (Versión electrónica).
- Zoido, F., Vega, S., Piñeiro, A., Morales, M., Mas, R., Lois, R. y González, J. (2013). *Diccionario de urbanismo. Geografía urbana y ordenación del territorio*. Madrid: Cátedra.